

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

15 CÉNTIMOS NÚMERO

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

Don Quijote



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 { trimestre..... 2,50
 { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 { semestre..... 6
 { año..... 12

SUSCRIPCIÓN POPULAR

EN HONOR DEL GENERAL PRIMO

DON QUIJOTE ha decidido, en uso de su autonomía, abrir una suscripción popular para regalarle un revólver de honor al general Primo, por su brillante campaña de Filipinas.

Nosotros creemos—con perdón del Sr. Uria—que el dignísimo marqués de Estella es acreedor a la gratitud de la patria, precisamente por haber firmado el pacto de Biacnabató.

Y ahora que son tan discutidos los méritos y servicios del general Primo, nos parece obra de justicia intentar desagrarle, abriendo en su honor una nueva suscripción de carácter popular, bajo las siguientes condiciones:

La suscripción queda abierta desde hoy día de la fecha hasta el 20 del actual.

No se admitirán cantidades mayores ni menores de diez céntimos.

Con el importe de lo recaudado adquiriremos un «revólver de honor»—espadas y sables tiene bastantes el Sr. Primo—que entregaremos solemnemente al victorioso general, previo el discurso de rúbrica.

¡Y no va más, como dicen en las casas de juego!

He aquí ahora la

LISTA DE SUSCRIPCIÓN

Redacción de DON QUIJOTE..... 10 céntimos.

(Se continuará).

LAS CUATRO ESQUINAS

—Vengo muy cansado; sudo por todo mi cuerpo; estoy rendido; ya no puedo más.

—¿Qué has hecho, Sancho? ¿De dónde vienes?

—Vengo de recorrer el mundo en busca de la paz.

—¿En busca de la paz? ¿La paz? ¿Y quién diablos te ha dicho que busques tú la paz?

—Ya lo ve vuesa merced. Todo el mundo la solicita, desde los conservadores a los socialistas.

—¿Cediendo a lo que quieren los Estados Podridos? ¿Pues no fueron los conservadores los que con mayor coraje nos impulsaron a defender las colonias? ¿No han sido los comunistas los que siempre defendieron que se debía morir antes que humillarse a las injustas imposiciones de los poderosos? ¡Charlatanes! Sí, ¡charlatanes! Es decir, que porque ellos se den ahora aires de hombres sensatos, amantes de la justicia, hemos de avergonzarnos a nuestra patria, hemos de rendirnos a las brutales exigencias de un pueblo vil y mercachifle, hemos de abandonar a nuestros hermanos que viven y luchan en Cuba con la confianza que su madre España, nación nobilísima les inspira. Dejemos a nuestros hermanos de Filipinas que los degüellen los yanquis y se los almuercen los monos rabiosos. ¡La paz, para que no perezca el cupón ó para que no se pierda el jornal! Sancho, eres un tonto de remate, tonto y tonto. Cuando uno se mete en estos negocios de guerra no puede ni debe retroceder; ni el país lo quiere, ni aunque ya lo quisiese, podría lograrlo. Así, pues, deja de ir a contárselo al Nuncio y de hacer el oso deshonorando tu nombre de español. Pero en fin, dime, dime qué es lo que has hecho,

tramado, urdido é intentado por la paz. ¡Cosa de gracia será saberlo! ¡Ciertamente no se habrá escrito sainete alguno de más chiste y regocijo!

—Pues verá, señor; de aquí, fuíme casa de un pariente que dicen tenemos en Ustria, ó como se diga... «¿Me da vuesa merced la paz?», dije. «¿La paz?», respondiome el ustriaco, ¡miren si yo sé la deseó! Vaya, no puede figurarse el bueno de don Panza...

—Con eso de llamarte D. Panza sin anteponer el Sancho, como era debido, mucho quiso decirte ese tu pariente. Bueno; y en suma, ¿qué te contestó, qué dijo en favor de tu empeño?

—Que sí, que la deseaba; pero que él no la tenía tan á mano que pudiera dármela de seguida, y que la estaba viendo rebullir en la casa del Papa. Fuíme casa del Papa, y fué y me respondió el pobre y venerable señor que no hacía otra cosa sino pedir al cielo nos la otorgase, y que sólo faltaba fuéramos á pedirselo al emperador de Alimaña; que allí rebullía la deseada paz. ¡Otro viaje! Fuíme al emperador de la Alimaña, y éste díjome que estaba la paz en las manos de la Inglaterra, y aquí sí que hallé lo que buscaba...

—¿Cómo es eso de que hallaste lo que buscabas?

—Ricibiome en la tal Inglaterra un rubiote muy coloradón, y que á lo que me pareció, había empuinado el codo más de lo regular; y muy meliflúo y afable, me dijo:—«La paz? Mi no estar deseando otra cosa; mi gustar coraje de los españoles, ¡valientes como gallos! ¡Interesante, señor, interesante! Por la apaciamiento no tener más que pedir un piquenito sacrificio: dar Cuba á los primos míos y Porto Rico... y un «pan de picos»...

¡No, Filipinas; de ningún modo Filipinas, nó! mí no quiere que España haga eso, no ceda Filipinas á primo Sam! ¡oh nó! Yo quedaré con Filipinas, y con Canarias, y con Baleares y con...

—¡Basta! maldecido Sancho; voy á darte una tanda de estacazos que has de quedar por ella sin costillas. ¡Tunante! ¡necio! ¡egoista incorregible! ¿Pienzas tú, estúpido, que se pueden oír con calma todos esos desatinos?

—¿Crees, que hemos de permitir ni ha de permitir el ejército que la preciosa sangre que él derrama, venga á resultar, después de tanto martirio, estéril é infecunda?

—¿No ves desdichado que nuestra gran resistencia prueba hoy al mundo entero, que lejos, muy lejos de ser, como dicen los mejores pedantones, un pueblo degenerado. España demuestra que es hoy más grande y valerosa que nunca? Oye, oye las voces de los vendedores de periódicos, cómo gritan noticias de portentosas resistencias y las derrotas del Sampaño y del Miles; y cómo á las tímidas manifestaciones de los políticos, así de los ricos como de los Dulcamaras saca-muelas, que hacen en plazoletas peroratas de estúpido cosmopolitismo populachero, cómo á todos estos contesta gallardamente la España que combate...

—¿Paz? Sí, con gloria y provecho, ó no haber emprendido la guerra. ¿Paz?

—Sí, señor, y amo mío, que la predicó el Dios de los cristianos!

—El Dios de los cristianos predicó guerra á los hipócritas y á los mercaderes; y mira á ver si hallas hipócritas mayores que los norteamericanos, ni mercachifles más repugnantes. Es decir, ¿nosotros hemos de ceder lo que es nuestro hoy más que

nunca, pues está legalizado y consagrado por la sangre de nuestros soldados y por los mártires de nuestra cristiana civilización? No; no consiste el progreso en poseer muchos tranvías eléctricos, y máquinas de coser, y carne de cerdo enfundada en sacos de tela recia, ni en contar con muchos barcos. ¡No, no, y mil veces no, Sancho! Consiste en sentir y pensar noblemente, en preferir la pobreza material á la miseria del cerebro y del corazón.

Espera, Sancho, no vayas tras de los parlanchines que hacen industria y negocios con dirigir gobiernos; deja á esta genticilla, que ya la severa y sosuda conciencia de la nación la dará su merecido, y espera, repito que esperes, pues grandes, muy grandes sucesos aguardo yo, y por ellos España reaparecerá cual es. España, veintitantos años sometida á vivir en las estancadas y podridas charcas, plantel y vivero de bestias y malvados explotadores y de ruines aventureros se alzarán gloriosa, y desaparecerán los pillastres ante la reaparición de la España de los Comuneros; de los legisladores del Código de Partidas; de los que del honor hicieron ley de vida y de la idea redentora de verdadera libertad, razón y fundamento de la política del mundo. Yo así lo espero, Sancho; y razón tengo ya para esperarlo, porque hasta ahora, ni los yanquis son dueños de Cuba, ni han logrado tenerse derechos en tierra bendita, es decir, en la tierra que Dios nos dio. ¿No tenemos barcos? ¿No tenemos municiones, ni marinos, ni soldados? ¿Pues si no teniendo eso resulta que los yanquis llevan de continuo palizas... porque les aventajamos en brío, fe y constancia, es decir, en alma... Sancho estúpido, el alma vale más que los muchos barcos y los Sansones y los Chiles de espantajos... ¿Y quieres tú vender esa alma... por un plato de vergüenza? Calla, Sancho... ¡que te pudieran ahorcar!

LA NOVIA DEL SORDAO (1)

¡Lástima de zagalica
la de la casa del Arto!...
¡Lástima de clavelico,
qué mustio se va queando!...
Aquellos ojos alegres
ahora los enturbia el llanto;
so boquica, tan cantora,
pasa el día suspirando...
¡La guerra la culpa tié!
La guerra, que le ha robao
aquel mozo que le echaba
música con su guitarra;
aquel que toas las noches
en el poyo y á su lao,
l'icia cosicas durces
al oído, platicando...
Desde c'aquel se marchó,
aquel que ella quiere tanto,
han güelto ya por dos veces
las rosas de Abril y Mayo;
las rosas de los rosales...
no aquellas c'arrebataron
del rostro é la zagalica
las penas con sus trebajos;
c'aquellas rosas, Dios sabe,
si golverán con su encanto...
¡Qué tristes pasan las horas
pa la zagalica el Arto!
¡Qué tristes que son los días,
y por lo tristes, qué largos!

(1) Del libro Aires Murcianos.

DON QUIJOTE

EL MAL LADRÓN



Y la pobre España sigue dedicada á la inútil tarea de buscar un hombre.



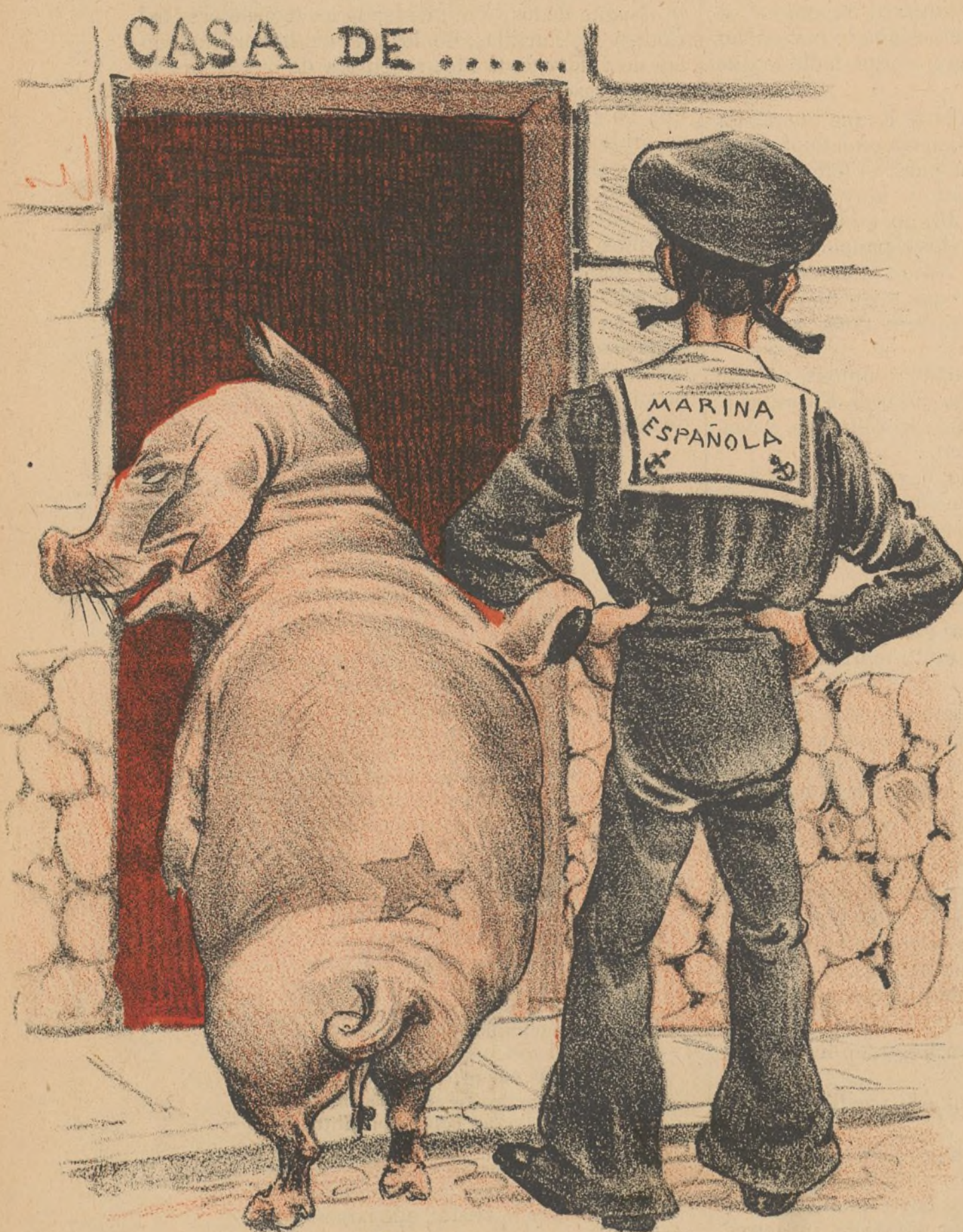
Finis Hispania.



—Trae esa bandera, que pué que me haga falta.



¡Así quisiéramos vertel!



Señora casera, tengo un compromiso; deme usted la llave del segundo piso.



—¡A ver si me fallan el ojo de la Providencia!



—¿Tiene usted Colonia?

—No, señora; nos hemos quedado sin ellas.



Tengo el honor de poner en conocimiento de ustedes que Don Quijote ha abierto una suscripción popular para obsequiar al general Primo. Lean ustedes la primera plana y verán lo que es bueno.

Esc. de la Prada de M. Bantista, Fiesta del Valle, 22.

Siempre con el pensamiento
en onde está aquel güertano;
siempre en su boca un suspiro,
siempre sus ojos llorando...
Solamente cuando tie
carta del probe sordao
se consuela la zagala,
y, por entre los naranjos,
esta coplica repite
en un tonico tan bajo,
que más parece que llora
que no que la está cantando:

«Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares...
¡Cuándo te verán golver
para alivio de mis males!»

(Popular.)

...Qué penica da mirarla!...
¡Ya no suspiran sus labios,
y sus ojos cerraicos
ya no son fuentes de llanto!
¡Como un ángel se ha quedado!
Cubierta está d' azadares
en un ataulico blanco...
La mortajica más blanca
que la nieve en los picachos...
blanca la caecerica,
en onde la han recostao...
y blanca como azucenas
también la cara y las manos!...
¡Florecica á medio abrir
que el aire tronchó del tallo!...
¡Pajarico que á la güerta
no alegrará con su canto!
¡Lástima de zagalica
la de la casa del Arto!
¡Ya no verán más sus ojos
al probetico sordao!
Aquel mozo que la echaba
músicas con su guitarra...
Aquel que toas las noches
en el poyo, y á su lado,
¡l'icia cosicas durces
al oído, y platicando!...

VICENTE MEDINA.

LUTO

Dijérase que la gente no se ha enterado, no se ha dado cuenta aun de la pérdida de Filipinas. Al estupor que produjo en los primeros momentos la catástrofe, ha seguido un movimiento de general indiferencia. Si, hay que darle la razón á Salisbury, este es un pueblo muerto, un pueblo sin vida.

Pero al menos, ya que no seamos capaces de la protesta, aparentemos siquiera que somos capaces del dolor.

¡Nada de procesiones, ni de verbenas, ni de teatros, ni de toros, ni de diversiones de ninguna clase! ¡Nada de cantar, ni de reír, ni de hablar siquiera en voz alta! ¡Que el traje negro, símbolo de duelo, vista nuestros cuerpos! ¡Que las mujeres y los niños—esas dos eternas notas de alegría—vivan recluidos en sus casas! ¡Que las campanas de las iglesias toquen sin cesar, día y noche, á muerto! Y nosotros, metida la cabeza en ceniza, recorramos las calles llorando la pérdida de nuestra Jerusalem.

Si seamos siquiera capaces del dolor, ya que no somos capaces de la protesta.

La patria ha muerto. ¿Qué menos podemos hacer que llorarla?

REMEMBRANZAS

¡Días de execración aquellos días apocalípticos de 1873! ¿Quién con terror no los recuerda? Castelar los ha pintado más de una vez con rasgos de Isaías. Los monárquicos nunca han perdido ocasión de encarecernos sus estragos; 1873 fué, para valernos de la expresión de Víctor Hugo, el «año terrible» de nuestra historia contemporánea.

Conviene, de vez en cuando, refrescar el recuerdo de aquellos horrores en la memoria de cuantos los presenciaron, y estamparlos con colores vivos en la fantasía de los que sólo por referencia saben de ellos. Es útil y dulce. Util, como lección política que nos enseña á evitar las causas que engendraron males tamaños. Dulce, porque siempre lo fué recordar en la paz la guerra y en la prosperidad la desgracia, y en la abundancia la miseria, y en la tranquilidad la alarma, y en el júbilo la desolación. Las desdichas del pasado dan todo su valor á las venturas del presente.

No teníamos en 1873 guerra con el extranjero; no estábamos en lucha con una nación poderosa y rica, nosotros, pobres, arruinados, exhaustos de todo recurso por tres años de increíbles esfuerzos y de sacrificios sin cuento; pero en el Norte y en Cataluña y en el Centro ardía la guerra civil, esa eterna guerra civil, esa eterna guerra dinástica que D. Carlos, generosamente, no ha reanudado todavía.

Hambre no hubo aquel año, á decir la verdad. Abundaban el trigo, el maíz, el arroz y la patata. Los artículos de primera necesidad no alcanzaron, á pesar de la gravedad de los tiempos, precios tales que los hicieran inaccesibles para el pobre. Todo el mundo pudo comer, es cierto; pero no se pagó el cupón.

España no se vió agitada durante aquellos tristes meses por la carestía del pan, por la imposibilidad para gran parte de sus hijos de atender á su subsistencia; pero lo fué por las pasiones demagógicas, lo cual, como es sabido, es infinitamente peor. Los desórdenes

fueron espantosos. En algún pueblo hasta mataron al alcalde.

Cuba no estuvo entonces plagada en toda su extensión de partidas rebeldes, ni bloqueada por una escuadra enemiga; pero en el departamento Oriental los mambises sostenían perezosamente la guerra con más obstinación que esperanza.

Cavite no cayó en aquellos tiempos en poder del enemigo, pero la demagogia mantenía en Cartagena enhiesto su estandarte.

Ninguna escuadra española fué destruida en tan triste año por los extranjeros; pero los insurrectos cartageneros se hicieron dueños de algunos barcos que el gobierno de Madrid hubo de declarar piratas, y que ¡oh vergüenza! nos fueron devueltos intactos, por los extraños que los apresaron.

No habían perecido por entonces en Cuba cien mil españoles en el espacio de tres años, ni había en España otras cien mil familias angustiadas por el riesgo de calamidad semejante, pero no cabe negar que todo estaba muy revuelto.

El país entero no llegó á ser declarado en estado de guerra, pero en muchas provincias se establecieron cantones que fué preciso someter.

Los cambios con el extranjero estaban á la par, abundaba el oro, la plata no se hallaba amenazada de emigración, pero es indudable que el comercio y la industria debieron resentirse mucho.

Ninguno de aquellos gobiernos solicitó el anticipo de un año de contribución, ni pretendió una emisión indefinida de papel moneda, ni soñó con una dictadura económica; pero no dejó de haber sus apurillos para hacer frente á tan horrible situación.

Las potencias no andaban á la sazón concertándose para mediar en nuestros asuntos é imponernos ciertas concesiones; pero no faltaron sus rozamientos. ¡Si hasta á punto estuvimos de tener una complicación internacional!

Por dicha, aquello acabó, y los hombres de la restauración vinieron á traernos la paz, el orden, la prosperidad, el sosiego, continuando la historia de España.

Cuando ahora, en estos tranquilos y dichosos días que alcanzamos, se recuerdan aquellos aciagos y calamitosos del 73, se pregunta uno con asombro, cómo en España puede haber todavía republicanos.

ALFREDO CALDERÓN.

TARJETA

PARA ANTONIO PALOMERO

Después de la lectura monótona de la prensa diaria, convertida en fastidioso boletín de guerra, he acudido, para confortar mi espíritu, dolorosamente fatigado, á la lectura de tu último y hermoso libro.

Estas líneas tienen todo el valor de uno de esos *reclamos* que aparecen en la tercera plana de los periódicos «cantando» las excelencias de ciertos específicos. (Salvo que este reclamo es espontáneo y no ha pasado por la caja de la Administración.)

—«Si sois personas de gusto y queréis pasar un rato agradable, leed *Trabajos forzados*, de Antonio Palomero.» Y después de hecha esta recomendación, y á fuer de lector agradecido, te felicito muy sinceramente, deseando, para bien de la literatura, que sigas amarrado á tu cadena de galeote.

MIGUEL SAWA.

PATERNIDAD

Despacho elegante. Personajes: Ricardo cuarenta y dos años; Amalia, Adolfo, doce.

Ricardo, sentado, leyendo un periódico. Amalia y Adolfo entran. Amalia viste traje de mañana muy sencillo; trae la mantilla puesta y tres ó cuatro libros de oraciones en la mano. Adolfo viste un traje nuevo, azul obscuro. Aspecto de colegial bien reglamentado; limpio, bien peinado; trae también un libro de misa. Al entrar se arrodilla delante de su padre y le besa la mano. Amalia le contempla con satisfacción.

Adolfo.—¿Me perdonas, papá?

Ricardo (tristemente afable).—¡Hijo! Levanta... Dame un beso... Temprano habéis salido, con lo fría que está la mañana...

Amalia (á Adolfo).—Ve á tomar el desayuno... Yo voy en seguida.

Ricardo.—¿No habéis tomado nada?

Amalia (severa).—¿Qué cosas tienes!

Adolfo.—¡Papá, antes de comulgar!

Ricardo (enmendándose).—Sí, ya sé... Quise decir antes de volver á casa, en cualquier chocolatería...

Amalia.—Por media hora más ó menos... Anda, hijo mío. (Adolfo sale.)

Ricardo.—Van dos veces en quince días. ¿Es eso lo que convinimos?

Amalia.—Ya estas enfadado. Tendremos paciencia. ¿Sabes por quién hemos aplicado la comunión?

Ricardo.—Sí, lo sé todo. No me exasperes.

Amalia.—¡Jesús! ¡Dios me libre! ¿Quieres que tu hijo sea como tú?

Ricardo.—¿Mi hijo? Di tuyo.

Amalia.—¿Qué cosas dices!

Ricardo.—Tuyo, sí. No tienes tú la culpa. Te dejé que le educaras á tu gusto; nunca intervine con mi autoridad para impedirlo.

Amalia.—¿Para impedir qué? ¿Que tu hijo tenga creencias, que sea cristiano?

Ricardo.—Para impedir que llegara el caso de que mi hijo me considere con desdenosa compasión; de que me crea un réprobo, por quien hay que pedir y rezar á Dios; para impedir que hoy, al oírle, al mirarle, no me conozca en él, porque no hay en él nada de mi vida, de mi pensamiento, de mi alma... Y yo, que te hubiera matado mil veces si hubiera sospechado siquiera que ese hijo de mi vida y de mi sangre no lo era, he consentido un adulterio espiritual, he consentido que infundan en mi hijo un espíritu que no es el mío. Y ahora, ya tarde, lo siento con horror y reniego de mi paternidad... Y como tantos padres, por indiferencia, por tolerancia, hemos dado el ser á una generación, que nos llevará quien sabe adonde.

Sí, la culpa es nuestra; es de los que nacimos entre los tiroteos de las barricadas, de los que aprendimos con sangre y dolor del alma lo que cuesta la libertad de espíritu y de conciencia, y porque nos creímos libres para siempre, fuimos tolerantes... Y no contamos con que vosotras, mujeres, resucitarais en nuestros propios hijos á los enemigos de la libertad y de la tolerancia.

Amalia.—¡Pero Ricardo, Ricardo!... ¿Te has vuelto loco? ¡Tú quieres matarme! (Rompiendo á llorar.)

Ricardo.—¡Sí, llora, llora! Con vuestras lágrimas y vuestros rezos gobernáis el mundo. ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE.

LANZADAS

Anuncia un telegrama de Shanghai que ha llegado á aquel puerto, á bordo de un buque alemán, el padre Nozalea, arzobispo de Manila.

Y mientras tanto, sus hermanos en Cristo expuestos á morir en manos de las hordas insurrectas allá en la capital del Archipiélago.

¡Oh, la fraternidad católica!

Pues señor, que es imposible averiguar quiénes han sido los responsables de la pérdida de Filipinas.

¡Si ya lo decíamos nosotros!...

Todavía va á resultar que no han ejercido el mando de aquel Archipiélago los generales Blanco, Polavieja y Primo.

¡Porque para algo ha de servir la «elocuente charlatanería»!

El ministro Giron ha hecho, primero en el Senado y luego en el Congreso, una brillante defensa de la gestión político-militar del general Primo en Filipinas.

—¡Adios... Biscnabató!

Telegrama de Sampson á su gobierno:

«El teniente Blue practicó un reconocimiento á 70 millas alrededor de Santiago, pudiendo comprobar la existencia de la escuadra mandada por Cervera.»

Es decir, un reconocimiento á veintitres leguas «de distancia».

¡Buena vista, teniente Blue!

La Academia de Jurisprudencia otorgará un premio de 5.000 pesetas al mejor trabajo escrito en elogio de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Suponemos quién se llevará el tal premio.

D. Francisco Silvela.

¡Temblemos!

«La mayoría de los hombres políticos no abandonarán la corte este verano.»

El calor, las chinches, los teatros por horas, los hombres políticos...

¡Va á ser imposible la vida en Madrid!

Vuelve á decirse que, una vez cerradas las Cortes, el Gobierno suspenderá las garantías constitucionales en toda España.

¡Sí, sí, aprieten ustedes los tornillos!

Pero lo que ha de ser será.

¡Tararí! Tararí!

Han puesto unos pasquines en Bruselas

llamando á los carlistas

á las armas y al campo... Lo comprendo.

¡La yerba está ya altísima!

¡Asesinos, al campo!... ¡Viva el rey

chulo de bailarinas!

¡A matar y á robar á Cristo padre!

Y luego... ¡á oír la misa!

Libros y periódicos:

Hemos recibido el primer número de *Vida Nueva*, periódico muy á la moderna, y escrito como Dios y el arte mandan.

Bien venido sea á nos, como diría Fabié, el nuevo colega.

Instantáneas.—Deliciosa colección de artículos del brillante escritor Antonio Zozaya, publicados por la *Colección Diamante* de Barcelona.

Precio: dos reales.

El Indicador Universal.—La guía más completa y mas barata de ferrocarriles que se publica en España.

El último número lleva una artística cubierta del conocido pintor Sr. Sánchez Solá.

Precio: 15 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.